

HUNDIMIENTO DEL VAPOR AMÉRICA

CLARA H. NOUGUÉS DE MONSEGUR

La historiadora tucumana Clara H. Nogués de Monsegur es autora del libro "De la Quinta del Retiro a Villa Nogués-Trescientos Años de Historia Familiar", Editorial Dunken, Buenos Aires 2001.



BCN

Número 805

Mayo/diciembre de 2002

Recibido: 18.2.2002



Corría el año de gracia de 1871 al que los porteños bien podían definir como “annus horribilis”, ya que durante su transcurso Buenos Aires sufrió el terrible flagelo de la fiebre amarilla. La peste surgió en la ciudad de Asunción del Paraguay, se extendió hacia Corrientes y desde allí cruzó el Paraná para aposentarse en nuestra ciudad capital. El antiguo barrio de San Telmo, el más poblado por aquellas fechas, sufrió las consecuencias de la enfermedad que cobró en poco tiempo más de 20.000 víctimas. Nada podía detenerla, ni siquiera la actitud heroica y abnegada de los médicos, quienes dieron su vida en el ejercicio de la profesión. De estas circunstancias data el éxodo de las familias principales de Buenos Aires quienes se marcharon a sus quintas de la costa Norte y otros lugares, fijando allí residencia. La costa alta, ofrecía seguridad y aislamiento a los aterrados porteños.

Recuerdos de mi niñez

Hacia 1937, veníamos con nuestros padres desde Tucumán y nos alojábamos en el City Hotel. Entre los paseos predilectos estaba la visita a la costanera Sur y al Balneario Municipal. Por aquel tiempo el Río de la Plata rugía en las sudestadas, estremeciendo parapetos y escalinatas. Eso era antes de que se agregaran las tierras que hoy conforman la Reserva Ecológica. Frente al río se alzaba entonces la estatua en bronce de don Luis Viale, en actitud de arrojar al agua un salvavidas. Era el homenaje y el recordatorio del drama ocurrido en la madrugada del 24 de diciembre de 1871, el triste final de un año trágico signado por el dolor. Mi madre –María Teresa Herrera Vegas de Nougués, recientemente fallecida– solía narrarnos la historia del héroe que se había despojado de su salvavidas para ofrecérselo a una joven embarazada. La Costanera Sur, don Luis Viale, la narración realista de mi madre... todo esto toma cuerpo en mi memoria y es un recuerdo querido de mi infancia. La estatua de Viale, a quien tanto admiré, fue retirada un día del lugar de honor durante la intendencia de Cacciatore, que se caracterizó por quitar de los sitios públicos verdaderas obras de arte e interés histórico. Quiso la buena suerte que viera desde mi asiento, mientras viajaba en tren a la Estación Retiro, la estatua de Viale en un viejo corralón municipal al costado de las vías frente al hipódromo de Palermo. De más está decir que inmediatamente informé sobre el hallazgo. Posteriormente se restableció la estatua en el lugar que ocupaba en la costanera próxima a la fuente de Las Nereidas, de Lola Mora. La figura de don Luis Viale aureolada por la leyenda del héroe ya no tiene hoy el río a sus pies, pero lo mismo nos recuerda el acontecimiento trágico que enlutó sus aguas hace más de un siglo.

La tragedia

El hundimiento del vapor *América* sacudió a la sociedad porteña de la época. Por aquellos tiempos de fines del siglo XIX, la ciudad crecía y progresaba. Los porteños románti-

cos y sentimentales le iban tomando gusto al confort que llegaba desde el exterior. Entretanto la ciudad, seguía conservando algo de aldea en su arquitectura colonial y neoclásica. Hasta ella llegaba el tramway, el ferrocarril que se extendía hasta San Fernando. Buenos Aires, convertida en metrópolis comercial, veía crecer su flota. Armadores y empresarios como Lavarello, Doderó, Mihanovich y otros, invertían en los “vapores de la carrera”, aquellos que hacían la ruta fluvial que unía las dos ciudades del Plata más importantes: Buenos Aires y Montevideo. Dichas empresas fueron siempre privadas, hasta el año 1949, cuando Perón las hizo estatales.

El sábado 23 de diciembre de 1871, numerosas familias partían hacia las quintas de San Isidro, para pasar las fiestas de Nochebuena y Navidad. Otras, en cambio, se aprestaban a cruzar el río a bordo del vapor *Villa del Salto* o bien en el *América*, para reunirse con sus familiares y amigos de la vecina orilla.

El vapor *América*, era una joya de la navegación fluvial, un verdadero palacio flotante. Había sido construido en los astilleros Mc Kay, de Aldrey, Boston, en 1868 y fue botado el 22 de febrero de ese mismo año. Era del tipo de los que navegaban en el Mississippí y fue adquirido por el comandante Bossi y dos socios accionistas: Samuel H. Hale y Zumarán. El comandante Bossi fundó una sociedad por acciones con este fin, en la cual invirtió 25.000 pesos fuertes, el otro socio, Zumarán, invierte 40.000 y otro tanto hace Hale. El *América* tenía matrícula italiana, desplazaba 1.040 toneladas, tenía máquinas de 860 caballos, y navegaba a una velocidad de 18 nudos. Llegó al puerto de Buenos Aires en setiembre de 1868. A partir de ese momento fue el preferido de porteños y orientales, pues reunía buen gusto y confort. Lo dirigía el comandante Bartolomé Bossi, gran conocedor del estuario. Bossi, era un personaje singular. Nacido en Génova en 1819, muy joven vino a la Argentina. Lo guiaba el afán de aventura. Movido por su temperamento, se hizo miembro de la Cuadrilla Oriental, de Giuseppe Garibaldi, con quién trabó gran amistad, tal vez porque a ambos los unía el mismo afán de aventura. El capitán Bossi actuó como testigo de este último en su boda con Anita Ribeiro en 1842. Bossi llevó una existencia aciaga, de múltiples facetas: fue soldado, tuvo un astillero con lanchones en la Boca, comerció frutas con el Uruguay y el Brasil, asociado con un compatriota, el genovés Camuyrano. Entre 1855 y 1860, lo encontramos en Mendoza como profesional de la fotografía. El gobernador provincial, encargó a Alexander, a Bossi y al pintor Gregorio Torres, ilustraciones sobre monumentos de Mendoza, obras de arte y escenas costumbristas. Con Alexander, maestro de la fotografía, Bossi se asoció en 1857, ambos trabajaron en el estudio de la calle 25 de Mayo 458, en plena City porteña. En cuanto a su vida como marino, fue capitán de *El Pampero* en 1859, anteriormente, en 1851, lo había sido del *Merced*. En la librería L'Amateur de Buenos Aires, se exhibe un óleo pintado por él. Lleva la siguiente leyenda: “Recuerdo para mis hijos...”. Allí se puedan ver navíos en Chipre, Scío, Candía, Ferrina, Nápoles, etc. Tiene como fondo el Cerro de Montevideo, y fue pintado hacia 1864. En su agitada vida, Bossi también fue explorador. Hacia 1860, remontó el Paraná y llegó hasta el Matto Grosso, al que exploró en 1863.

Pero volvamos a nuestra historia. Se acercaba la Nochebuena, desde el muelle, lanchas y falúas transportaban pasajeros hasta el vapor. Las crónicas de la época citan a los ilustres viajeros: el sabio Germán Burmeister, Lisandro Billinghurst, hijo mayor de Mariano Billinghurst, Juan Manuel de Larrazábal y su hijo Juan Antonio con su joven esposa Josefa Villar, casi una niña, se dirigían a Montevideo en viaje de bodas. Van también, Alejo Arocena, presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, con sus dos sobrinos Pelayo y Ramón quienes viajan para distraerse y olvidar, sus padres acababan de morir durante la epidemia de fiebre amarilla. El escribano Darío Beccar, iba en compañía de su mujer Catalina Fiorini, su hija y la niñera. Otros viajeros: don Segundo Garrido, Guillermo Parody, Jacinto Castro, Domingo Giraldo, José Manuel Portela, Jorge Akerley, Guillermo Livingston, Ramón Artagabeytía, Augusto Rolh, Carlos Reynal, Juan J. Pondal, el ingeniero Sierra Carranza, Torcuato Villanueva, Francisco Plowes. Viajaba también un joven matrimonio, el de Augusto Marcó del Pont y Carmen Pinedo Quesada, sobrina del ministro Federi-

(1)

El vapor Villa del Salto, se construyó en Glasgow, en el año 1862. Tenía 82 camarotes en primera clase, y 42 en la segunda. Podía desarrollar una velocidad de 16 nudos. En el transcurso de la guerra civil el Gobierno oriental, se incautó del vapor, para combatir la revolución del general Venancio Flores, siendo destruido en uno de los enfrentamientos. La Compañía Salteña de Navegación y Vapor obtuvo un préstamo del Banco de Londres por 13.000 libras esterlinas para construir un nuevo vapor. Envió asimismo un técnico a Inglaterra con el fin de supervisar, el nuevo Villa del Salto, que superó en capacidad a su homónimo.

co Pinedo. Este matrimonio había decidido en un principio, viajar en el *Villa del Salto*, vapor que era más navegable que el *América*, aunque tenía menos lujos (1). Carmen se opuso, tal vez porque la fama de éste último lo hacía el predilecto de la *fashion*. También se dirigía a Montevideo un hombre que se dedicaba al comercio. Luis Viale, nacido en Génova, en el pueblo de Chiavari en 1815. Estaba radicado en San Nicolás. Fue uno de los fundadores del Hospital Italiano de Buenos Aires. Tuvo destacada actuación durante la epidemia. Organizó el Banco de Italia que se inauguró el 1° de agosto de 1872, sin contar con la presencia de este hombre emprendedor.

A 1800, los pasajeros estaban a bordo del vapor y todo estaba listo para partir. El cielo claro y el río sereno, auguraban un viaje placentero. Hacia la hora de la comida el comedor estaba repleto, después se sucedió una larga sobremesa hasta la madrugada. En el suntuoso salón comedor de primera clase, entre la lujosa *boisserie* y la luz de las lámparas de gas, brillaban las alhajas de las señoras, las finas *toilettes* de perlas y brillantes. La conversación era amena, todos se conocían, nuestra sociedad aún era familiar, el cosmopolitismo vendría después... allí estaba el sabio Burmeister hablando gravemente, los alegres jóvenes Ramón y Pelayo Arocena, quienes reían de sus propias chanzas. Augusto Marcó del Pont y su joven y bella esposa brindaban a la salud de la felicidad que parecía esperarles con los brazos abiertos. La señora, estaba recientemente embarazada, y un hijo por nacer es siempre una promesa maravillosa... Una sola persona se apartó de la bulliciosa velada y después de acompañar a los suyos hasta los camarotes se fue a recorrer los puentes y llegó hasta la sala de máquinas. Las máquinas eran el *métier* del señor Rolh gran conocedor de su tecnología. Apenas pasada la medianoche, el *América* había sobrepasado al *Villa del Salto*, que había partido media hora antes del Puerto de Buenos Aires, para gran satisfacción del comandante Bossi. Rolh después de estudiar todo concienzudamente, le dice al maquinista que las calderas deben ser reparadas sin pérdida de tiempo de lo contrario se deberá disminuir la presión. El maquinista contesta que él mismo ha pedido esto repetidamente a Bossi, mas éste se niega a perder velocidad, porque quiere superar al *Villa del Salto* y llegar antes a puerto. “Esto sucede siempre que los dos vapores viajan a la vez”, explica el maquinista. “Es una manía del Comandante que en caso contrario nos apuntaría con su revólver...”. Rolh se alarma, sube a cubierta donde se encuentra con Bossi al que encara. La respuesta del capitán es lacónica y convencida: “No se preocupe, sé lo que hago”. Rolh piensa: “un hombre tan autoritario no debería estar al mando de una nave como ésta”. Después vuelve a su camarote y en silencio busca los salvavidas y los deja a mano. En el *América* viajan 208 pasajeros. Cuando están a 25 millas de la costa uruguaya, a 0130 se oye una gran explosión. El vapor se detiene. El Comandante baja a las sala de máquinas para averiguar lo sucedido. El maquinista le dice que han explotado los tubos. Todo esto ocurre en cuestión de segundos. Los pasajeros angustiados rodean a Bossi, entre ellos, Larrazábal, Gómez, Fiorini y otros le piden que haga sonar el silbato. El Comandante trata de convencerlos: “Sólo se trata de un tubo, a las 0900 estaremos en Montevideo”. Mas la sangre fría del Comandante debe ceder a las evidencias. El fuego sube a cubierta, el agua hirviente de la caldera se esparce sembrando la muerte. Sólo se escucha el grito de: “¡Fuego! ¡Fuego!”. Es cuestión de elegir entre morir carbonizado o arrojar al río. En cada camarote hay salvavidas, pero en medio del pánico pocos atinan a buscarlos. El fuego consume todo rápidamente, hasta los botes se incendian. El capitán Bossi se pone el salvavidas y se lanza al agua, demostrando más que aprecia su propia vida que el honor, pues se considera que un capitán debe hundirse con su propio barco. La tripulación del *América* imita el gesto cobarde de su Comandante y se arroja al agua en el único bote que no se ha consumido. Uno de los pasajeros, don Manuel Garay maldice a Bossi antes de saltar al agua. “¡La conducta de estos bandidos no tiene perdón de Dios!”. Otro pasajero, Germán Burmeister maldice a Bossi antes de saltar al agua. “¡Lo mataría como a un perro!”, se le oyó decir. Es en los momentos trágicos cuando se pone de manifiesto el espíritu que anima a cada uno. A algunas personas se les despierta el egoísmo y a otras el sentido heroico. Según los testigos, se vió al señor Rolh dando ejemplo de serenidad. Con la ayuda de su hijo Karl fue colocando los salvavidas a los suyos, después todos juntos se arrojaron al

agua. La consigna familiar era “todos o ninguno”. Don Darío Beccar intentó hacer lo mismo, así lo vieron colocar el salvavidas a su mujer y a la niñera, mientras que él, abrazando fuertemente a su tierna hija, se lanzó al río. Desde allí vio como se arrojaba la niñera, mientras que su mujer desapareció sin alcanzar a zambullirse. Mientras tanto, él tuvo que hacer frente a un hombre armado con un puñal que le quería arrebatar el salvavidas. Fue una lucha a brazo partido, en la cual el pobre náufrago apenas podía ofrecer débil resistencia, pues con un brazo paraba los golpes que recibía y con el otro sostenía a su hija. Finalmente lo alcanzó una feroz puñalada. Beccar no pudo seguir sosteniendo a la niña, que desapareció en el agua, como si todo se tratara de una horrible pesadilla. La familia Larrazábal, al completo: el padre, el hijo y la nuera, murieron carbonizados, envueltos en una gran llamarada. En esa noche, el fuego del vapor que se incendiaba, iluminó el horror del naufragio. Desde el barco se desprendían maderos ardientes. Había gente aferrada a los cables del *América* y a las palas de la gran rueda. Carmen Pinedo, vestida de *sof-rée* y con todas sus joyas, flotaba al lado de su marido, Augusto Marcó del Pont. Don Luis Viale, con el salvavidas puesto, observaba la escena. Se desprendió entonces del salvavidas para colocárselo a la señora: “¡Felicidades amigos!”, alcanzó a decir antes de ser tragado por las olas. Mientras tanto, Carmen rezaba la *Salve* para darle coraje a su marido que no podía mantenerse a flote, debido a los fuertes calambres. Exhausto, éste iba repitiendo la oración, hasta que sus fuerzas lo abandonaron. Apenas terminada la *Salve*, Carmen vio aparecer la columna de humo del *Villa del Salto*. Después del rescate, ella permaneció en Montevideo durante algunos meses reponiéndose del “estado de melancolía”, en que quedó sumida. Más tarde regresó a Buenos Aires, para dar a luz a su hija Sissy, el 8 de julio de 1872. Dicen que el drama la marcó de tal manera que nunca volvió a referirse a él. Un rictus amargo la acompañó durante toda su vida.

Aferrados a la gran rueda, estaban el señor y la señora Akerley, con sus tres hijos. Él era agente de Bolsa. Su esposa pidió socorro, cuando un madero en llamas, de los que se desprendían del vapor, cayó sobre ella. Sin pensarlos dos veces Akerley tendió los brazos a su mujer, pero entonces los pequeños, privados de sostén, se hundieron. Esta dolorosa escena, quedó para siempre grabada en la pobre mujer que perdió la razón, y durante toda su vida llamó constantemente a sus hijitos ahogados. Los dos sobrinos del señor Arocena, Ramón y Pelayo, que iban a Montevideo para olvidar el luto familiar, también murieron carbonizados. Sobre los restos del barco, tres hombres munidos de hachas cortaban maderos que luego arrojaban a los sobrevivientes. Uno de ellos era Joaquín, el único de los marineros que no huyó como los demás. Los otros dos eran, Eduardo Otero y Pedro Arrieta, hombres modestos, viejos empleados del Seminario Conciliar de Buenos Aires, que viajaban comisionados al Uruguay y lo hacían en segunda clase. Desde las aguas del río, el comandante Bossi, le pidió a Joaquín que le arrojara un cabo, para subir a cubierta. Una vez que lo hizo, se dio cuenta que todo estaba perdido, poco quedaba ya del orgulloso vapor. Esto le hizo exclamar: “Mas valía haber muerto, que contemplar este cuadro”. Don Segundo Garrido y su mujer, permanecían abrazados en el agua, el señor Giraldo los llevó hasta la pala de la rueda, aunque instantes después, agobiados por el esfuerzo se hundieron. El gran río devoró también a Arocena, Oneto, Hueyo y muchos otros...

Mientras tanto, en el *Villa del Salto*, uno de los pasajeros asomado a la borda, vió una luz extraña hacia el Oriente. Inmediatamente dio aviso al capitán Morse, quién ordenó enfilar hacia allí, a toda máquina. Tardaron más de una hora hasta llegar al lugar del naufragio. Con rapidez desprendieron los botes. El rescate duró dos horas y concluyó a las cinco de la mañana.. Entre las damas rescatadas estaban las señoras Reynal, Akerley, Marcó del Pont y Florinda Martínez Nieto de Inurrieta, quién falleció posteriormente en su camarote a consecuencia del shock. Otros, dicen que murió ahogada junto con su hija de quince años, a pesar de que ambas tenían salvavidas. Se salvaron también los Rolh, Arrieta, Fiorini, Beccar, Livingston, Otero, Redonnet...

Rolh padre, Billinghamurst y Martínez, fueron los últimos en ascender a los botes de salvataje. Cuando el capitán Morse pasó lista, se constató que de las 208 personas que sa-

lieron de Buenos Aires, 141 murieron en las aguas del río, ahogadas o carbonizadas. El comandante Bossi, fue rescatado y puesto a salvo en el *Villa del Salto*. El capitán Morse lo refugió en su camarote, allí lo hizo acostar y le dirigió palabras de aliento. A las 6 de la mañana, desde Montevideo avistaban al *Villa del Salto*, que venía con la bandera a media asta. Cuando el capitán Zolzona, jefe de la Capitanía de Montevideo, subió a bordo, Morse le dijo: “Llegué algo tarde porque no tenía alas, pero salvé a todos los que hallé con vida”. Entonces se permitió a los familiares que esperaban en el muelle subir al vapor. Se sucedían las escenas de dolor, cuando se tenía la certeza de los parientes desaparecidos. La Sociedad de Beneficencia se ocupó de los náufragos. Bossi fue detenido bajo arresto domiciliario, mientras que la tripulación desertora fue a parar a la cárcel común. Don Jacinto Villegas, cónsul argentino en el Uruguay, telegrafió al Dr. Carlos Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores, y le dio la cifra de los pasajeros desaparecidos, y de los rescatados que sólo fueron 67.

Actitud del periodismo

El drama del *América*, sucedió en un momento especial, cuando transcurrían las fiestas de Nochebuena y Navidad, el 24 y 25 de diciembre de 1871. Por estas fechas, algunas noticias de la tragedia habían llegado a nuestra ciudad desde la costa oriental. Mas el periodismo, al carecer de información precisa prefirió guardar silencio, para no conmocionar a la población: “Nos impusimos silencio”, dirían después los miembros de la prensa. Esta forma de actuar, tan alejada de la que se practica hoy día, nos hace valorizar aquellos tiempos en que el periodismo era ejercido con prudencia y señorío. La noticia era entonces un medio que contribuía al bien común, y no existía o no se permitía el deleite sádico y la noticia morbosa. Recién el martes 26 de diciembre, llegaron a esta capital los pormenores de lo ocurrido. La tragedia fue publicada en todos los diarios, junto con la lista de los sobrevivientes y desaparecidos. Al mismo tiempo desde las columnas de la prensa se hacían rogativas al Señor con el fin de que este bendijera y colmara de auspicios, el nuevo año que recién comenzaba. Los nombres de las ilustres víctimas como Viale, Marcó del Pont, y el intrépido capitán Morse, así como el de los oficiales del *Villa del Salto*, eran repetidos con admiración. La sola mención del capitán Bossi, en cambio era recibida con repudio. Se le achacaba la culpa de todo. Se lo juzgaba cobarde. Bossi publicó su defensa, lo hizo atolondradamente, alegando que sus enemigos “le hincaban los dientes de la calumnia, ante la triste circunstancia”. Este lenguaje destemplado, demostraba una actitud impenitente, Sus contrarios le replicaron: “Creíamos que el mejor juez del señor Comandante era su propia conciencia...”. Billinghamurst, implacable adversario, le inició juicio criminal ante los Tribunales de Montevideo. Bossi, le replicó desde las páginas de “El Siglo”, con una frase destemplada: “¡Ya arreglaremos cuentas!”. Su contrincante le respondió desde “El Nacional”: “¿El Capitán quiere irse al terreno del honor? El terreno del honor eran las aguas del río. Ninguna persona digna quiere batirse con él. Todos piensan que la actitud del Capitán es despreciable. Otros creen que “hay que lincharlo”. Pasados algunos días, Bossi se retractó y pidió perdón, alegando que estaba casado con la hija de un prócer argentino, la hija del general Castro Cáceres, y que tiene hijos argentinos. Este argumento llegó al corazón de sus adversarios quienes lo perdonaron generosamente. Del comandante Bossi no se sabe nada más, salvo que murió en Niza, en 1890. Al capitán John Morse y a los oficiales del *Villa del Salto*, que con tanta abnegación llevaron a cabo el salvataje de los náufragos, se les confirió medallas recordatorias. En cuanto a don Luis Viale, “La Nación” del 30 de diciembre de 1872, convocó a una colecta con el fin de recaudar fondos para hacer un monumento. La estatua que perpetúa su memoria, fue colocada primero en la Recoleta, y después en la Costanera Sur, frente al muelle de pasajeros, en testimonio de gratitud y admiración. Ella se elevó en dicho lugar como “numen protector” de los viajeros. 